

nueva cultura intelectual; pero todavía duraba el combate entre las doctrinas del siglo xv y las del xvi, doctrinas que por singular fortuna conoció sucesivamente Calvino, puesto que del colegio de la Marche pasó al de Montaigu dirigido por Beda.

En el citado año 1523, Berquin fué juzgado por vez primera; hacía cuatro años que se hablaba de Lutero; Lefevre de Etaples publicaba la traducción francesa de los Evangelios, y se hacía perecer solemnemente á un hereje en la hoguera. Calvino era indudablemente demasiado joven todavía para comprender el alcance de estos sucesos y mezclarse en ellos, pero no podía permanecer indiferente ante los mismos; y como residió en París, por lo menos hasta fines de 1527, no ignoró, de seguro, ninguno de los graves acontecimientos de los años 1525 y 1526, cuando se multiplicaban los suplicios y en la Universidad resonaban los ecos de las luchas entre Beda, Erasmo y Lefevre de Etaples. Esto no obstante, nada indica que en aquel momento se realizara en él una «conversión» que supondría una madurez demasiado precoz, y si bien se observa en él un aflojamiento de los lazos que le unían á la Iglesia, débese esto á la circunstancia de haber querido su padre que abandonara la facultad de Teología y entrara en la de Derecho.

Se supone que Calvino se encontraba allá por los años 1528-1529 en Orleáns, cuya Universidad estaba esencialmente consagrada á los estudios jurídicos, enseñándose en ella derecho civil y derecho canónico por notables profesores, entre ellos muy particularmente Pedro de l'Estoile. Un año después fuése á Bourges, universidad también jurídica en la que Alciato interpretaba el derecho romano. En ambas ciudades encontró además Calvino al erudito Melchor Wolmar, que le inició en el estudio del griego.

De 1530 á 1533 vivió casi siempre en París; entonces precisamente Francisco I acababa de crear los primeros lectores reales, y Calvino siguió el curso de griego, de Danés y el de hebreo de Vata y se interesó por los trabajos de Budé.

De modo que á los veintitrés años había conocido la Sorbona, las universidades y el mismo Colegio de Francia recién fundado; había recibido una educación muy compleja y variada, en la que entraban la teología, la escolástica, las humanidades, el derecho, la historia y la erudición, y había encontrado en Orleáns ó en Bourges, y tal vez más aún en París, la Reforma.

Calvino, durante aquel primer período de su vida, se nos presenta en extremo laborioso y ávido de instruirse, aunque sin sentir la ardiente curiosidad que arrastraba á tantas inteligencias hacia todas las manifestaciones del humanismo; muéstrase insensible á lo que es y tiene poca imaginación; es todavía un discípulo, pero de inteligencia perspicaz, penetrante, con una facultad de asimilación extraordinaria (1).

La conducta de Calvino era muy regular, correcta y

(1) En el *Commentaire sur le traité de la Clémence de Sénèque*, que publicó en 1532, no hemos de ver otra cosa que un trabajo de escolar, una especie de tesis de Facultad. No es imposible que haya en este trabajo cierta intención en la elección de asunto y una protesta, aunque muy tímida, contra los suplicios ordenados por la Sorbona y por el Parlamento, pero precisamente se respira en sus páginas algo de la amplificación retórica. La obra está ajustada al molde convencional: un juicio literario y numerosas citas, muy corrientes en aquella época.

digna: era ya un hombre sumamente piadoso; su carácter debió ser serio, sin jovialidad, sin viveza, pero simpático, puesto que intimó con jóvenes de Noyón, con estudiantes en las universidades en donde cursó y con sus mismos maestros, y estas relaciones subsistieron hasta el punto de que Mathurin Cordier, por ejemplo, fué uno de sus leales discípulos después de haber sido su profesor. Por otra parte, y sin que sea menester exagerar su influencia, Calvino ejercía ya cierta acción á su alrededor, como lo prueba el hecho de haber sido nombrado adjunto del procurador de la nación de Picardía en la Universidad de Orleáns. No hemos de hacer caso alguno de las calumnias tan despreciables como pueriles lanzadas contra él en libelos de su tiempo, á pesar de que todavía se repiten en algunos libros de nuestros días.

La originalidad de Calvino va á revelarse de repente, hasta á él mismo sin duda, en su «conversión.» Mucho se ha discutido para determinar con precisión su comienzo (2), pero en realidad debieran distinguirse en ella tres fases y quizás cuatro: Calvino empieza á dudar; se aparta de la teología de su tiempo; rompe con la Iglesia y constituye la doctrina calvinista.

Respecto de la primera jamás se tendrán datos, no sólo porque faltan los documentos, sino que también porque se trata de problemas oscuros que escapan al mismo sujeto interesado. En cuanto á la segunda y á la tercera puede llegarse á una solución, si no existe verdadero empeño de antedatar el protestantismo de Calvino para aumentar su importancia, y si nos damos cuenta del estado de los espíritus en Francia. Para ello nos atendremos al testimonio del mismo Calvino: «Puseme á estudiar las Leyes, pero por más que me esforcé en trabajar lealmente para obedecer á mi padre, Dios, en su providencia secreta, me llevó por otros caminos. Y primeramente, como quiera que yo estuviese tan afeitado á las supersticiones del Papado, que era muy difícil sacarme de aquel lodazal tan profundo por medio de una conversión repentina, hizo que se volviera dócil mi corazón, el cual, habida cuenta de la edad, estaba demasiado endurecido en tales cosas. Habiendo, pues, recibido algún gusto y conocimiento de la verdadera piedad, sentíme incontinentemente abrasado de un deseo tan grande de aprovechar, que aunque no abandoné del todo los otros estudios, me dediqué á ellos cada vez con mayor tibieza (3).»

En estas líneas está todo lo necesario, pero no hemos de buscar en ellas una cronología absolutamente exacta, cosa, por otra parte, secundaria. Los puntos esenciales son los siguientes: Calvino no dudó antes de 1528, lo más pronto (téngase en cuenta que en 1529 no tenía más que veinte años); luego recibió las primeras simien-

(2) Esto no tiene importancia; en todo caso, las discusiones se basan en incertidumbres acerca de la definición de las palabras ó también en ideas preconcebidas.

(3) En otro lugar escribe: «Comenzando á salir un poco de las tinieblas del Pontificado y habiendo tomado cierto gusto por la sana doctrina, cuando leía en Lutero que Ecolampade y Zuínglio no dejaban de los sacramentos más que figuras desnudas y representaciones sin la verdad, confieso que esto me hizo apartarme de sus libros de modo que durante mucho tiempo me abstuve de leerlos. Ahora bien, antes de que yo comenzara á escribir, habían conferenciado juntos en Marpourg (1529) y por este medio su primera vehemencia quedaba algo moderada.»

tes de la nueva doctrina, simientes que tardaron algún tiempo en germinar, y mezcló sus antiguos estudios con sus nuevas preocupaciones, lo cual explica él en el sutil y claro análisis que hemos reproducido; además sintióse turbado por las divisiones entre los reformados. Todo esto es muy natural, y la historia, hecha por él, de su estado de espíritu en el momento crítico es exactamente la misma de las incertidumbres por que pasaron tantos hombres en aquella época. Por otra parte, no nos can-

No he querido disuadirla de sus proyectos, pues no he venido para esto; pero en pocas palabras la he advertido de que no tuviera demasiada confianza en sus fuerzas, de que no se diera á sí misma seguridades temerarias, de que todo lo hiciera descansar en el poder de Dios, en quien somos y vivimos.»

Estos son exactamente los sentimientos de la mayoría de los reformadores franceses que se quedaron en Francia, de Lefevre de Etaples lo mismo que de Rous-



Juan Calvino. Facsimile de un grabado de época

saremos de repetir que el primer protestantismo en Francia era tan amplio y tan abierto que los que lo aceptaban no creían abandonar el catolicismo.

La muerte de su padre, acaecida en 26 de mayo de 1531, dábale sin duda más libertad; esto no obstante, su vida en nada varió, pues en 23 de agosto asistía á una sesión del cabildo de Noyón, en donde se decidía la celebración de públicas plegarias contra la peste, y sus amigos todavía pensaban en conferirle dignidades eclesiásticas. Es muy probable que se hubiese ya vuelto escéptico en materia de votos religiosos, pero sin condenarlos abiertamente. La hermana de uno de sus amigos ha de abrazar la vida monástica, y Calvino, después de haberla visitado, accediendo á los deseos de su familia que no estaba segura de la sinceridad de su vocación, escribía: «Sondé el espíritu de vuestra hermana para saber si aceptaba aquel yugo sin resistencia, con espíritu sumiso ó bien domado. Jamás he visto persona mejor dispuesta ni mejor preparada, hasta el punto de que nada parece demasiado pronto para su deseo. Diríase que juega á muñecas cada vez que oye hablar de sus votos.

sel, y Calvino sólo á éstos había conocido, pues si bien oyó hablar de Alemania, no estuvo en correspondencia con ésta, ni siquiera con Estrasburgo y Basilea.

De aquí que su protestantismo en este momento sea una mezcla de las ideas de Lefevre y de Roussel con algo de Lutero y de Zuínglio, y por otra parte, el discurso que compuso para Cop y que éste pronunció como rector al inaugurarse el curso universitario en noviembre de 1533 es significativo (1).

Este discurso, que indudablemente es de un reforma-

(1) De este discurso, tal como fué pronunciado, sólo tenemos una copia posterior; pero la primera página del manuscrito (en latín) de Calvino, felizmente encontrada, permite observar diferencias interesantes entre el texto preparado por él y el que Cop adoptó. En efecto, mientras Cop dice que el Evangelio debe ser interpretado en toda su pureza, «lo que no hacen los sofistas que nunca hablan de la fe, ni del amor de Dios ni de las obras verdaderas,» Calvino había añadido: «ni de la remisión de los pecados, ni de la gracia ni de la justificación;» este punto es muy importante. Otros encontraríamos, sin duda, si en vez de una página tuviésemos todo el manuscrito. Por otra parte, á propósito de la salutación á la Virgen que figura en el discurso de Cop, un editor pro-

do, es también de un moderado, y la prueba está en el tono general, en la insistencia sobre los bellos lugares comunes de moral, de filosofía y de teología. Su autor no trata directamente los puntos dogmáticos controvertidos, pero tampoco se abstiene de hacer libremente alusión á ellos. Por último, ha podido comprobarse que dos partes considerables del mismo están tomadas casi textualmente de Erasmo, por una parte, y de Lutero por otra. De suerte que en aquella fecha Calvino debió ser un hombre del justo medio.

El exordio empieza con una definición de la filosofía cristiana: don divino concedido por Cristo al hombre, por el cual éste puede alcanzar la verdadera y segura felicidad, ciencia cuyo esplendor obscurece toda la sabiduría humana. El orador continúa dirigiendo á la «bienaventurada Virgen la solemne invocación, la más hermosa de todas: Salve, llena de gracia.» Establece luego un paralelo entre la Ley (la Biblia) que ordena y amenaza, y el Evangelio que anuncia la suprema bondad de Dios, y desarrolla la idea de la certeza de la salvación y sobre todo de la justificación por la fe. Sigue después una invocación á la paz: «¡Felices los que concilian las almas en la paz, los que hacen desaparecer las divisiones en la Iglesia!» Y una glorificación de la verdad y de los que la dicen: «Herejes, seductores, impostores malditos, así suelen llamar el mundo y los malos á los que pura y sinceramente se esfuerzan por insinuar el Evangelio en el alma de los fieles. Pero dichosos y dignos de envidia son los que soportan todas estas persecuciones con espíritu tranquilo, los que poseen la gracia de Dios en sus aflicciones los que á estas desgracias oponen un alma grande y fuerte.» Finalmente, algunas palabras de confortación y un llamamiento: «Alegraos, dice, porque vuestra recompensa está en el cielo. ¡Ea, hombres cristianos, dirigíos con todas vuestras fuerzas á una felicidad tan grande!»

Todo esto es indudablemente atrevido, pero no precisamente revolucionario, y exageran sobre manera los que comparan esta arenga con «el llamamiento que en aquel día de Todos los Santos había Lutero dirigido diez y seis años antes á Alemania y al mundo.» Existe entre ambas manifestaciones toda la diferencia que media entre una declaración formal de principios y un eloquente desarrollo de sentimientos: Lefevre de Etaples y Roussel casi habrían podido expresarse como Calvino; sólo que ellos no lo hacían y éste sí, y oficialmente, en plena Universidad por mediación de Cop. En esto consistía el gran atrevimiento.

La facultad de Teología llevó el discurso al Parlamento, procedimiento que había ya seguido tantas veces; pero Cop invocó sus privilegios de rector é hizo que el asunto se viera ante una asamblea general de la Universidad, en la que declaró que su discurso había sido mal interpretado por sus denunciadores, y se mostró además indignado porque se había suprimido para él la jurisdicción de la Universidad llevando inmediatamente la cosa al Parlamento. En las diferentes facultades las opiniones aparecieron divididas en medio de un gran tumulto.

testante del siglo XVI escribió: «Hemos creído no deber suprimir estas palabras porque se explican por la época en que se pronunció el discurso.» ¿Atribuíanse, pues, algunos el derecho de modificar el texto en otros pasajes? Todo esto da que pensar.

El hecho de que se practicaran diligencias judiciales y de que Cop primero y Calvino después se vieran obligados á huir, no demuestra en absoluto que se considerara á estos dos como herejes declarados, pues, lo que les ocurría era lo mismo que les sucedía á todos los que se ponían en oposición con la Sorbona ó manifestaban una independencia que disgustaba; Lefevre de Etaples y Roussel habían sido también perseguidos y, sin embargo, luego recobraron el favor perdido.

Teodoro de Beza, no obstante su interés en dramatizar ó en agrandar las proporciones de los hechos, se mantiene en un justo medio al escribir en su *Histoire ecclésiastique* (*Historia eclesiástica*): «Cop pronunció un discurso que le había compuesto Calvino de una manera contraria á lo que era costumbre; y habiéndose dado cuenta de ello al Parlamento, el rector fué llamado á éste, con intención de retenerle, y asimismo se enviaron alguaciles al Colegio de Fortet (1), en donde vivía entonces Calvino. Pero los avisos de algunos amigos libraron á uno y á otro; Cop se vió obligado por este medio á retirarse á Basilea y Calvino á Sain-tonge.»

III.—Los pasquines de 1534

Aun antes de conocer estos incidentes el rey había sacado de la entrevista de Marsella las consecuencias que de la misma se deducían necesariamente. Habiendo el papa dictado en septiembre una bula por la que invitaba á trabajar por la extirpación de la herejía y restablecía la Inquisición en Francia y luego otras dos de las cuales la primera concedía á los herejes un plazo de dos meses para abjurar y la segunda ordenaba la degradación de los sacerdotes y clérigos contaminados de malas doctrinas, Francisco I envió aquellos tres documentos al Parlamento, en 10 de diciembre, con una carta muy significativa:

«Estamos muy pesados y disgustados porque en París, cabeza y capital de nuestro reino y en donde hay la principal universidad de la cristiandad, pulula esa maldita secta herética luterana de la que muchos podrán tomar ejemplo; y queriendo remediar esto con todo nuestro poder y potencia, sin consideración á persona alguna, quienquiera que sea, por esta causa os ordenamos y muy expresamente os mandamos que designéis á algunos de entre vosotros para que, dejándolo todo, se informen curiosa y diligentemente de todos aquellos que profesan aquella secta luterana... Por otra parte, enviamos también al dicho obispo de París ó á sus vicarios este vidimus de las bulas que nuestro Santo Padre ha tenido á bien enviarnos para extirpar esa secta del reino.»

Las instrucciones de Duprat y Montmorency que acompañaban la carta del rey, insistían sobre el alcance de las nuevas disposiciones: «Puedo aseguraros, decía Duprat, que no podéis hacer nada mejor ni prestar servicio más agradable al dicho señor, que ejecutar prontamente y sin excepción de persona lo que en sus cartas os ordena.» El Parlamento, conformándose con estas órdenes, eligió, en 19 de diciembre, á Nicole Queslain

(1) El Colegio de Fortet estaba situado cerca del lugar que actualmente ocupa el Panteón, en la calle hoy llamada de Vallet.

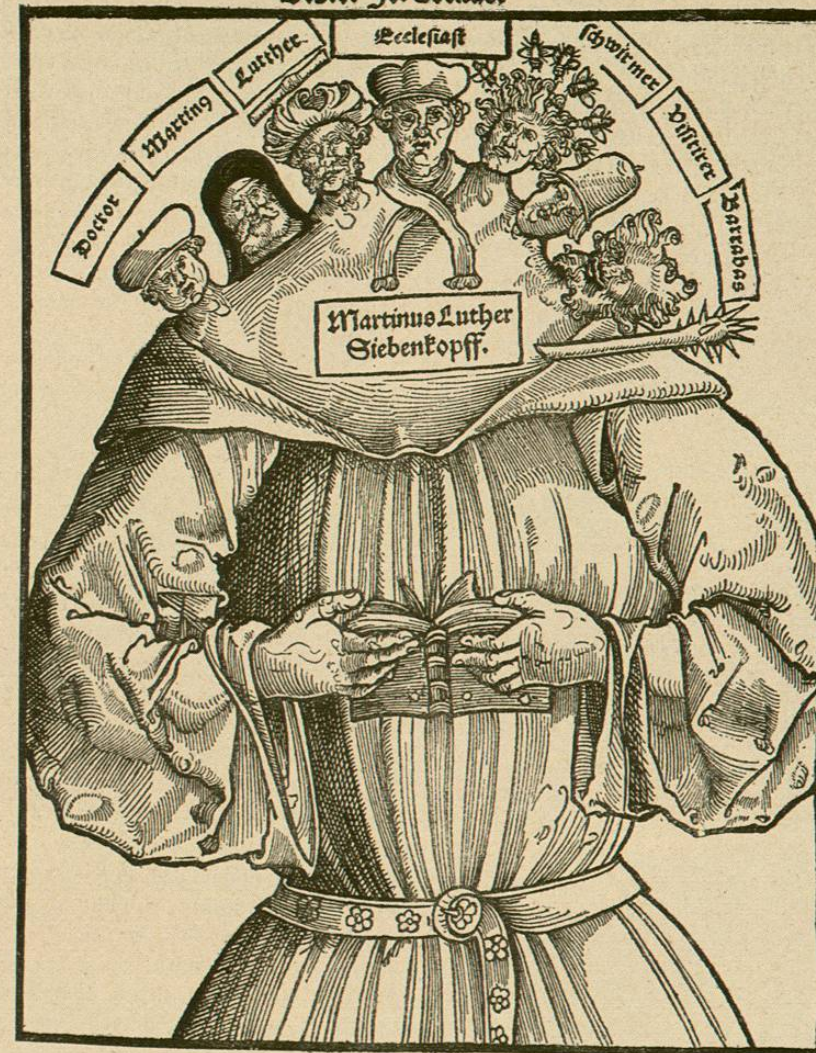
presidente de las informaciones, y á Jacobo de La Barre, consejero, para que actuaran como auxiliares del obispo en los procesos de religión. Al mismo tiempo Beda regresaba «triumfalmente» á París.

Pero también entonces reaparecen las habituales incertidumbres. En efecto, mientras se desencadena una

del clero de su reino. Esperad solamente á que haya obtenido las partes de Italia que desea y veréis lo que quedará de su amistad con el papa y los papistas.»

Efectivamente, desde fines de noviembre de 1533 Francisco I había pensado en una aproximación con los príncipes alemanes, y en 27 de enero de 1534 fir-

Siebenköpfe Martini Luthers Vom Hochwirdigen Sacrament des Altars / Durch Doctor Jo. Cocleus.



Facsimile del grabado de un impreso satírico publicado contra Lutero

nueva persecución y son detenidos los sospechosos y se multiplican los suplicios, la reina de Navarra influyó en el ánimo del rey, y los intereses políticos, al par que la desconfianza que la Sorbona seguía inspirando á Francisco I, modificaron por un momento las resoluciones del soberano. Una carta fechada en 28 de febrero de 1524 pone de manifiesto lo que acerca de esta situación compleja pensaban las personas informadas ó que se creían estarlo. Un notable personaje dijo, según parece: «El vulgo no comprende las razones de la conducta del rey; pero para mí es cosa cierta que no se siente mal dispuesto contra el Evangelio, y si lo disimula es porque no puede obrar de otro modo á causa

maba un tratado secreto con el landgrave de Hesse. Y entonces se sabe, casi al mismo tiempo, que un monje predica el Evangelio en Saint-Germain-l'Auxerrois, que Calvino ha podido regresar á París, que los obispos de París y de Senlis y un número considerable de personajes importantes son sospechosos de luteranismo y que Beda ha sido por segunda vez desterrado; pero se sabe también que un monje ginebrino ha sido condenado al suplicio de la hoguera, que la Sorbona continúa atacando á los reformadores, que Francisco I ha enviado comisarios al ducado de Alenzón para que le informen acerca del luteranismo, y que Roussel y sus amigos están envueltos en un proceso de herejía.

Los luteranos, con gran torpeza, tomaron nuevamente la ofensiva. Existía en Francia un partido de religiosos muy apasionados que no admitían transacción alguna con el catolicismo y al fanatismo de la Sorbona respondían con un odio feroz. Estos sectarios estaban en correspondencia con los exaltados de Estrasburgo y de Basilea, acusaban de defección á los moderados de Francia y de Alemania, declaraban que no tenían confianza alguna en el rey y habían acabado por ser incapaces de escuchar un consejo de prudencia. Tal vez algunos querían también impedir las tentativas de conciliación entre ambas religiones que, según incesantes rumores, se habían emprendido.

En la noche del 17 al 18 de octubre de 1534 distribuyéronse y se fijaron en París y hasta en provincias «pasquines» contra la misa cuyo autor era, al parecer, un tal Marcourt que en 1530 ó 1531 había tenido que huir de Lyon y se había refugiado en Neuchatel. Era éste un hombre arrebatado, ardiente, á quien encontramos retratado al vivo en una carta en que la condesa de Valangín se quejaba, en 1532, de que hubiese querido á la fuerza predicar en su iglesia: «Se le prohibió y se le indicó que no fuera allí, de lo que no quiso hacer caso y antes al contrario quiso entrar por fuerza, empujando á mi empleado y á otros servidores míos, demostrando el dicho predicador que, de haber sido el más fuerte, habría entrado contra mi voluntad y á pesar de todas las prohibiciones hechas, empleando palabras rigurosas.»

En el prefacio del tratado sobre la *Santa Eucaristía*, compuesto en 1534, escribía Marcourt: «La buena afección me ha movido á componer y redactar en escrito algunos artículos verdaderos sobre los graves abusos de la misa. Los cuales artículos deseo que se publiquen y fijen en todos los lugares públicos de la tierra, á fin de que aquella falsedad, que durante tanto tiempo ha estado oculta y escondida, sea por todos oída y ampliamente conocida y que por la misericordia de Dios pueda ser descubierta y ampliamente remediada.» Y terminaba con esta exclamación: «Así ciertamente, quiéranlo ó no los rebeldes, al fin habrá de ser conocida la verdad de Dios. Por más que se combata, se mate, se prohíba, se asesine y se quemé, el consejo de Dios es inmutable.»

Más violento aún era el lenguaje de los pasquines:

«Invoco al cielo y á la tierra, en testimonio de verdad, contra esa orgullosa y pomposa misa papal, por la que el mundo (si Dios pronto no lo remedia) es y será totalmente desolado, perdido, arruinado y destruído.» Seguían á esto cuatro artículos. Primero: el sacrificio de Jesucristo fué perfecto y no debe jamás ser reiterado por ningún sacrificio visible; son, por consiguiente, embusteros y blasfemos «el papa y toda su canalla de cardenales, obispos y sacerdotes, monjes y otros hipócritas que dicen misas, y todos los que lo consienten.» Segundo: es una idolatría decir y creer en la presencia corporal de Jesucristo en las especies de pan y vino; «No puede ser que un hombre de veinte ó treinta años esté oculto en un pedazo de pasta como la oblea.» Tercero: es otro error creer que «por transubstanciación (¡qué modo de emplear grandes y prodigiosos vocablos!) Jesucristo está oculto y envuelto bajo los accidentes del pan y del vino.» Cuarto: «La misa ha sido desviada de

su verdadero sentido, que es hacernos recordar el sacrificio y la Pasión de Nuestro Señor. El tiempo de la misma se ocupa con campanilleos, aullidos, canturrias, vanas ceremonias, luminarias, inciensos, disfraces y maneras de brujerías.» Y los pasquines terminaban del modo siguiente: «En resumen, la verdad les falta, la verdad les amenaza, la verdad les persigue y la verdad les espanta: por ella será en breve destruído su reino para siempre.»

Estos tonos violentos hacen resaltar la moderación del discurso pronunciado por Cop el año anterior. En estos pasquines está ya todo el protestantismo de las guerras de religión; parece como que surge una nueva generación, de la que todavía no es jefe Calvino, y que, á decir verdad, no tiene jefe, circunstancia propia de los verdaderos movimientos revolucionarios.

La audacia de los que distribuyeron aquel manifiesto contribuyó á excitar las cóleras; en efecto, pronto se encontró el documento, según dicen, en París, en Orleans, en Blois, en Amboise mismo donde estaba el rey y en la puerta de su propia cámara.

Sobrevino entonces un estado de exasperación y un desencadenamiento feroz de fanatismo: el Parlamento y la Universidad piden medidas extraordinarias, y en todas partes se anuncian procesiones para protestar contra el sacrilegio. Comienzan luego las persecuciones y las ejecuciones, siendo conducidos á la hoguera hombres de todas las clases sociales: Berthelot, zapatero; Poille, albañil; Du Bourg y Esteban de La Forge (1), mercaderes de París; una maestra de escuela, acusada de haber prohibido á sus alumnas que rezaran el *Ave María*, y un dominico. Todavía en enero fueron quemados treinta y cinco luteranos y se hablaba de trescientas detenciones: «Dentro de París no se veían más que horcas levantadas en varios sitios, lo cual espantaba sobre manera al pueblo de dicho París y á los de las otras ciudades que veían las referidas horcas y ejecuciones.» Sin embargo, muchos lograron huir y el Parlamento mandó citar á cincuenta y dos de ellos, entre los cuales se encuentran personas notables: Pedro Caroli, Clemente Marot, Rouault, director del Colegio de Cambrai, el señor de Roberval, Francisca Bayard, viuda de un consejero, Pedro Duval, tesorero de los *Menus-Plaisirs*, Mathurin Cordier, Leon Jamet, el amigo de Marot, un gran número de impresores, de liberos y de encuadernadores, y algunos artistas, como Francisco Maju, grabador, Girard Lenet, pintor, y Juan Lefevre, denominado «el tallista de historias.»

La procesión que el rey mandó celebrar y á la cual asistió, en 25 de enero de 1535, fué una gran manifestación católica y de ella se levantó, sin duda, un acta oficial (2), en la que se leía que el rey cristianísimo, informado de las herejías que «pululaban en el reino,» había querido «en alabanza y honor de la bendita Trinidad, de la sagrada Virgen María, Madre de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, y de toda la corte celestial del Paraíso,» hacer solemnizar en esta ciudad de París, capital del dicho reino, una procesión devota y asamblea general en la que ha sido llevado el precioso

(1) Véase lo dicho anteriormente en la pág. 254.

(2) El relato de la ceremonia y sobre todo el preámbulo del mismo inserto en la *Chronique du Roy François I*, tiene todo el carácter de tal.

y sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.» En ella figuraba, á modo de protesta, todo el aparato del culto que más particularmente atacaban los protestantes: las cruces y banderas de las parroquias de la ciudad de París; los relicarios de San Landri, de San Marcos, de San Honorato, las cabezas de San Martín y de San Fe-

mercaderes de la ciudad. En el puente de Nuestra Señora se habían puesto inscripciones (1) á la Virgen: «Abogada del género humano, Madre de Dios, Virgen María, danos ayuda, fuerza y virtud contra los adversarios de la Eucaristía,» y á los Santos: «Vosotros todos, santos y santas de Dios, que habéis vencido á los



Granvela. Facsimile de un grabado de Juan Collaert, copia de un cuadro de E. Pulzone

lilpe, el relicario de Santa Génoveva, la cabeza de San Luis, los fragmentos de la cruz y de la corona de espinas, el hierro de la lanza, la esponja, la santa sangre, la túnica inconsútil de Cristo y hasta la vara de Moisés, y por último, el Santo Sacramento conducido por el obispo de París que iba bajo un palio sostenido por el Delfín, por sus dos hermanos y por el duque de Vendome. En cuanto á los asistentes, bien puede decirse que estaba allí toda la Francia católica, desde el rey, «que iba solo, con una antorcha de cera virgen en la mano y la cabeza descubierta, con gran reverencia que ostentaba maravillosamente,» hasta la última corporación de los

tiranos con el escudo de la fe, interceded por nosotros, os lo suplicamos, á fin de que puedan ser vencidos por nosotros todos los herejes.»

Finalmente el rey, después de haber comido en el palacio del obispo con los miembros de la familia real, recibió á los notables parisienses y clamó contra «las maquinaciones de algunos malvados blasfemos, gente de baja condición y de más baja doctrina habían fraguado contra el honor del Santo Sacramento, empleando palabras reprobadas y rechazadas por todas las de-

(1) Estaban escritas en latín.